

Política y Precios

Editorial de Orientación Económica. Abril de 1964

Contrariamente a lo que imaginan muchos espíritus apasionados y superficiales, los precios no son invenciones odiosas del sistema capitalista. No son, en efecto, otra cosa que la valoración socioeconómica de los bienes escasos. Son un indicador de la relación existente, en un momento dado, entre la cantidad de bienes disponibles la oferta y la urgencia o necesidad que de esos bienes tienen los consumidores la demanda-. La oferta y la demanda no son tampoco reaccionarias y odiosas invenciones del capitalismo. Son verdaderas categorías de la conducta humana. Categorías en el sentido aristotélico que reflejan el hecho vital elemental de que a medida que sea más urgente nuestro deseo de obtener algo y a medida que sea más escaso ese algo, estaremos dispuestos a sacrificar más de nuestro dinero, de nuestro trabajo, de nuestro tiempo o de nuestro descanso para obtenerlo. Los precios se asemejan, pues, en cierto sentido, al termómetro que indica la temperatura del enfermo, y, al igual que aquel, no sólo no se identifican con la enfermedad, sino que son un instrumento indispensable al servicio de la salud y el bienestar de todos.

Pero los precios son mucho más que un instrumento de medida. Cumplen, en efecto, en la vida económica, la insustituible función de distribuir, a través de sus variaciones relativas, los recursos escasos de la comunidad. Procurando utilidades a quienes combinan y utilizan eficientemente esos recursos, procurando pérdidas a quienes no lo saben hacer, sirven para adecuar la producción y distribución de bienes y servicios a los constantes progresos de la técnica y a las siempre cambiantes necesidades de los hombres. Sin los precios carecerían las sociedades humanas de las bases indispensables para el cálculo económico. La ausencia de un sistema efectivo de precios y, por ende, la imposibilidad del cálculo económico es efectivamente la objeción más importante que se puede hacer, desde el punto de vista estrictamente económico, al sistema socialista. Si se realizara la profecía de Marx y todo el orbe deviniera socialista, el mundo no podría calcular la mejor combinación y distribución de sus limitados recursos. Se producirían menos cosas de las que quieren los hombres y más de las que no desean, se aprovecharían indebidamente las posibilidades de la tecnología, se reduciría por lo tanto el nivel de vida real de los pueblos, y, ante el aumento constante del número de seres humanos, la civilización y el progreso comenzarían inevitablemente a declinar.

Un sistema libre de precios es, por lo tanto, un instrumento esencial para la organización racional de la economía. Sin embargo, en el mundo actual, los precios sufren tal número de tergiversaciones y controles por parte del Estado que se han convertido, en muchos sectores de la actividad económica, en meras deformaciones o caricaturas políticas de los precios de mercado.

Los ataques más visibles a los precios son los que se basan en la ignorancia inconsciente o deliberada de las más elementales realidades económicas. Son la fijación autoritaria de precios máximos y mínimos. Cuando un político desea obtener el favor de la opinión dispone en el mundo actual del más fácil de los instrumentos demagógicos: la fijación de

precios máximos de venta. Ahora bien, si estos precios máximos son iguales o superiores a los del mercado la medida no pasa de ser una inofensiva treta política sin consecuencias económicas notables, a no ser una cierta reacción de desconfianza y un debilitamiento en la propensión a invertir. Pero si los precios máximos se fijan coactivamente por debajo del nivel de los precios del mercado ocurrirá inevitablemente una disminución de la oferta de esos bienes en el mercado. El proceso es muy sencillo: dentro de cualquier rama de la actividad económica existe una compleja gama de empresarios, que se extiende desde los más eficientes, que obtienen las máximas utilidades posibles a los precios de mercado, hasta los menos eficientes que son, en su punto extremo, los llamados productores marginales, es decir, aquellos que obtienen estrictamente las utilidades mínimas necesarias para remunerar su función y subsistir desplegando la arriesgada actividad de productores. Es evidente que si los precios máximos fijados están por debajo del costo de producción de los productores marginales o supramarginales, ellos obtendrán pérdidas en vez de sus exiguas utilidades anteriores, y dejarán de producir. Si el Estado dispone de recursos coercitivos suficientes y eficientes para imponer esos precios máximos, puede quizás lograr un beneficio transitorio para los consumidores, quienes estarán en condiciones de adquirir a un precio menor los bienes producidos con anterioridad a la regulación. Pero a largo y mediano plazo obtiene el resultado económico inevitable: una mayor escasez de la mercancía, y con ello un alza real del precio, ya que éste, como el termómetro, no hace sino indicar la relación entre la oferta y la demanda. La fijación, por razones políticas, de precios máximos recuerda la imagen de la madre ignorante que pretendía enfriar el termómetro para hacer descender así la fiebre del niño.

La fijación autoritaria de precios mínimos origina, por el contrario, si esos precios son superiores a los del mercado, una oferta superabundante de la mercancía o servicio de que se trate. En efecto, a esos precios resulta económica la producción de bienes en condiciones en que anteriormente ella no era económica. Si se trata, por ejemplo, de productos agrícolas, resultará ahora económico producirlos en tierras marginales, con empresarios menos eficientes o mediante el uso de una maquinaria agrícola más costosa. Y esta superabundancia tendrá como resultado inevitable la disminución del precio real, si no en escala nacional -en el caso de que el Estado adquiera los bienes que se ofrezcan al precio oficial y no encuentren otro comprador, al menos en escala mundial, cuando necesariamente el Estado tenga que deshacerse de los excedentes de producción que ha acumulado. Y esta abundancia artificial tendrá como resultado inevitable la disminución del precio real porque éste indicará, una vez más, la nueva relación funcional entre la oferta y la demanda.

En el caso de los precios máximos surgirán mercados negros y grises, donde productores y vendedores, al través de sobreprecios, primas, comisiones o favores especiales, materializarán el aumento de precio decretado por el político al producir una mayor escasez. En el caso de los precios mínimos surgirán las devoluciones, los descuentos disfrazados o los simples regalos internacionales que harán bajar inexorablemente el precio a la nueva situación decretada por el político al producir una oferta excesiva.

Se trata, en el caso de los precios, de consecuencias inevitables derivadas de la naturaleza y de la conducta humanas. Se trata de consecuencias que no pueden ser modificadas por la

promulgación de leyes o decretos o por la celebración de tratados internacionales. Aun cuando estas leyes, decretos o tratados sean el producto de las más sonadas conferencias nacionales o internacionales. Aun cuando esas conferencias hagan nacer desmedidas esperanzas en aquellos que financian, con su ilusión y con sus estómagos vacíos, la frondosa burocracia nacional e internacional, que es el único resultado duradero de estos pueriles e inútiles intentos por contrariar la realidad.